

LA UGT DE CATALUÑA DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

«¿UN SINDICAT CARA LA GUERRA?»

The Catalan UGT during Spanish Civil War (1936-1939)

«A trade union in front of the war?»

David BALLESTER

dballest@xtec.cat

UAB

BIBLID [0213-2087(2006)24;35-55]

Fecha de aceptación definitiva: septiembre 2006

RESUMEN: A pesar de ser una organización catalana por nacimiento, la trayectoria de la UGT en Cataluña hasta la Guerra Civil fue la historia de un fracaso. No sería hasta la excepcional coyuntura bélica cuando, por primera vez en su historia, estuvo en condiciones de disputar a los anarcosindicalistas su tradicional hegemonía. Este artículo tiene por objetivo plantear los aspectos fundamentales de esta «nueva» UGT. Su génesis, sus graves problemas de consolidación y, una vez conseguida ésta, las enormes dificultades que tuvo para movilizar y dinamizar la organización de masas en la que se había convertido.

Palabras clave: UGT, Cataluña, sindicatos, socialismo, comunismo, Guerra Civil.

ABSTRACT: Although the UGT was a trade union born in Barcelona, his trajectory from the beginning to the Spanish Civil War was the history of a failure. It was not till the exceptional moment of the war when, for first time in his history, could contend for the hegemony in Catalonia with the anarchists. This article has as

a target show the most important aspects of this «new» catalan UGT. His origin, the strong problems of consolidations during 1936-7 and, after to reach it, the great difficulties to mobilize the mass organization that the trade union became.

Keywords: UGT, Catalonia, trade unions, socialism, comunism, Spanish Civil War.

Es harto conocido que la UGT, a pesar de ser una organización nacida en Barcelona en 1888, tuvo serios obstáculos para incidir en el tejido social catalán desde sus inicios. En las postrimerías del siglo XIX el peso de las secciones catalanas en su seno fue mermando de forma paulatina, concretándose esta decadencia en el traslado de su dirección a Madrid el 1899. Descontando algunos momentos puntuales de un cierto resurgimiento, se puede considerar que el primer medio siglo de existencia de la organización en Cataluña, estuvo caracterizado por un constante fracaso en su voluntad de incidir en el tejido social catalán. Fueron los años de «vida lánguida», tal como los mismos órganos de prensa socialistas referían¹, haciendo buena la aseveración de García Quejido: «Del Ebro para allá, para ellos»², en referencia a la claudicación socialista respecto a la voluntad de intentar competir con el siempre mayoritario anarcosindicalismo, en su pugna por incidir en el proletariado catalán. Sirva de ejemplo la polémica suscitada cuando diversos dirigentes y sindicatos organizaron un homenaje al viejo y emblemático líder socialista Josep Comaposada, en las postrimerías de su larga trayectoria política y sindical. Comaposada rechazó el mismo, arguyendo que este tipo de actos habían de estar destinados a aquellos que habían triunfado en su cometido, y en 1930 era evidente que, a pesar de la actitud mantenida durante el régimen primoriverista y la creación de una inactiva Federación Regional ugetista en 1923, el socialismo representado por las siglas de la UGT y el PSOE seguían siendo en Cataluña sinónimo de marginalidad³.

Los años republicanos tampoco representaron ningún cambio al respecto, a pesar de crearse un Secretariado Regional en 1933. En abril del año siguiente el sindicato experimentó una escisión en el curso del denominado Congreso del

1. Para contextualizar la evolución de la UGT hasta la Guerra Civil, PÉREZ LEDESMA, M.: «La primera etapa de la Unión General de Trabajadores (1888-1917). Planteamiento sindical y forma de organización», en BALCELLS, A. (ed.): *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*. Valencia, 1997, pp. 115-150; CASTILLO, S.: *Historia de la Unión General de Trabajadores*, vol. 1, *Hacia la mayoría de edad (1888-1914)*. Madrid, 1998; Martín Ramos, J. L.: *Historia de la UGT (1914-1930)*. Madrid, 1998; TUÑÓN DE LARA, M.: *Historia del socialismo español*, Barcelona, 1989, vols. I y II. En referencia a Cataluña, BALLESTER, D.: *Marginalidades y hegemonías. La UGT de Catalunya (1888-1936)*. Barcelona, 1996; GABRIEL, P.: «El ugetismo socialista catalán», *Ayer*, 50, 2004, pp. 165-197, y «Sindicalismo y sindicatos socialistas en Cataluña. La UGT, 1888-1938», *Historia Social*, 8, 1990, pp. 47-71. Debido al carácter interpretativo de este escrito, se ha intentado incluir el mínimo de citas y, en consecuencia, de notas a pie de página en el mismo.

2. DEL ROSAL, A.: *Unión General de Trabajadores de España. Actas. Vol. IV. Notas y comentarios finales*. Fundación Pablo Iglesias, AARD 264-1.

3. En referencia al debate suscitado respecto al homenaje a Comaposada, BALLESTER, D.: *Josep Comaposada, biografía d'un socialista*. Barcelona, 2005, pp. 108-110.

Walkyria, cuando los sectores que no veían ninguna contradicción en conjugar socialismo y catalanismo, identificados políticamente con la Unió Socialista de Catalunya (USC), abandonaron el Secretariado para formar la Unió General de Sindicats Obrers de Catalunya (UGSOC). Poco después, la Revolución de Octubre y la consiguiente represión gubernamental, paralizaron la actividad sindical hasta las postrimerías de 1935, momento en el que estallaría la crisis interna más importante entre las numerosas que había experimentado la débil, pero siempre conflictiva, regional catalana. La defenestración a principios de 1936 de los dos secretarios que habían controlado férreamente el sindicato durante la etapa republicana, a partir de unos oscuros manejos de índole económica, dejó el Secretariado Regional en una situación de manifiesta debilidad, sucediéndose en pocos meses una serie de breves y poco sólidas direcciones. Esta situación de patente crisis interna se producía de forma contradictoria y paralela a un paulatino aumento del sindicato en sus efectivos, como resultado de las tendencias unitarias que se estaban poniendo de manifiesto en el ámbito del marxismo catalán en particular, y de todas las fuerzas sindicales en general.

En consecuencia, esta débil UGT catalana experimentó a partir de la primavera de 1936 un notable aumento de sus efectivos, como resultado del ingreso de diversos sindicatos autónomos o bien del reingreso de los que se habían escindido dos años antes, beneficiándose del peso, la fuerza y la tradición que representaban en el resto del estado la UGT de España. En este particular contexto, se produjo a principios de junio un verdadero asalto a la dirección del sindicato, por parte de militantes procedentes del Partit Comunista de Catalunya (PCC) y de unas Juventudes Socialistas ya unificadas e identificadas con la III Internacional. Todo este proceso, impensable en una organización de mayor solidez, se llevó a cabo completamente al margen de la dirección largocaballerista y de los mismos estatutos de la organización, a la vez que de forma paralela a la recta final para la formación de un partido marxista unificado a partir de la USC, el PCC, el Partit Català Proletari y la Federación Catalana del PSOE. Este partido, el PSUC, se constituiría formalmente pocas horas después de la derrota de los militares rebeldes en las calles de Barcelona, en lo que había de ser el inicio de la Guerra Civil.

Este fue el contexto a partir del cual la trayectoria del sindicato marxista experimentó en Cataluña una verdadera refundación. La organización pasó a estar controlada por militantes comunistas, la inmensa mayoría de ellos también cuadros del PSUC, en una clara línea tercerista que marcaría su evolución a lo largo de todo el conflicto. A su vez la sociedad catalana pasaba a experimentar una amplia serie de cambios a todos niveles, entre ellos una verdadera sindicación de la sociedad, que iba a representar que, por primera vez en sus 48 años de historia en tierras catalanas, la UGT fuera capaz de cuestionar la tradicional hegemonía anarcosindicalista. El análisis de la evolución de esta *nueva* UGT del periodo bélico, es precisamente el objetivo de este artículo.

* * *

El citado proceso de sindicación de la sociedad catalana tuvo lugar de forma inmediata a la derrota rebelde. Los sindicatos pasaron a ejercer una serie de amplias competencias en el ámbito político, militar, económico y social, que no es preciso matizar en este contexto, y que en el marco que nos interesa se puede reflejar mediante en el decreto de Sindicación obligatoria promulgado por la Generalitat de Catalunya a principios de agosto. Este hecho determinó la configuración de una bipolarización sindical CNT-UGT, que se tradujo en un espectacular crecimiento cuantitativo de ambos sindicatos, especialmente notable en el ugetismo, que partía de unos niveles de afiliación muy inferiores al de sus rivales.

Canalizar esta verdadera «marejada ascensional», tal como se refería la prensa de la época, iba a absorber buena parte de las energías del sindicato en los primeros meses de la guerra, a la vez que hacía frente al envío de milicias al frente aragonés conjuntamente con el PSUC, la columna Del Barrio-Trueba o Carles Marx, o bien tomaba parte en la dirección de una industria catalana colectivizada. A lado de estos problemas de gestión inmediata, pronto aparecerían otros que gravitarían sobre la UGT catalana durante el primer año de guerra y que limitarían notablemente su capacidad para centrar su actividad en el esfuerzo bélico. Estos aspectos serían, en primer lugar, las difíciles relaciones que tuvo esta *nueva* UGT catalana con la Ejecutiva Nacional encabezada por Largo Caballero; en segundo, la problemática generada por el ingreso en sus filas de los sindicatos de la Federació Obrera d'Unitat Sindical (FOUS), patrocinados por el POUM; en tercer lugar, las igualmente complicadas relaciones con una CNT que pugnaba por la hegemonía en el mismo espacio sindical, y, en cuarto y último lugar, la pugna mantenida con el sindicalismo de cariz nacionalista, que también se había refugiado bajo las siglas del sindicato en el complejo verano de 1936.

No sería hasta después de la crisis de mayo de 1937 cuando el ugetismo catalán pudo salir victorioso de esta compleja trama, escenificando su triunfo en el magno congreso celebrado en el Palau de la Música Catalana en el mes de noviembre, formalmente el III Congreso del Secretariado. Un acto de afirmación triunfante de la nueva realidad en la que se había transformado la tradicionalmente débil UGT catalana en el transcurso de los meses pasados. Ahora el sindicato, por fin, podría centrar su actividad en primar el esfuerzo bélico, a partir de considerar la retaguardia como un segundo frente, a la vez que transformar la masa de afiliados que tenía en sus filas en verdaderos militantes, capaces de llevar a cabo las consignas del sindicato, con las dosis de sacrificio inherentes, con el objetivo de derrotar al fascismo. Política representada por el lema de «Sindicats cara la guerra» que emanó del mencionado congreso y que subtitula este artículo. En el análisis y valoración de la capacidad del sindicato en conseguir este objetivo, al margen de cualquier valoración meramente cuantitativa, centraremos la última parte de este escrito, a la vez que habrá de servirnos de baremo para comprender de qué forma el ugetismo catalán fue capaz de dar respuesta a los retos planteados entre 1936 y 1939.

1. LAS CIFRAS DE LA «MAREJADA ASCENSIONAL»

Una vez iniciada la guerra, las tendencias bipolarizadoras en el ámbito sindical rápidamente se acentuaron. El citado decreto de Sindicación Obligatoria promulgado por la Generalitat hizo el resto. Centenares de sindicatos autónomos celebraron unas rápidas asambleas en el transcurso de verano de 1936, y decidieron integrarse en una de las dos grandes centrales del momento. Incluso el potente sindicato de la dependencia mercantil catalana, el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i la Indústria (CADCI), hubo de optar por la UGT, tal como hicieron también los sindicatos del POUM, la FOUS, o bien los antiguos sindicatos confederales de Sabadell y Manresa. Solo la Unió de Rabassaires, en el ámbito agrícola, escapó de estas acentuadas tendencias bipolarizadoras. Esta nueva situación conllevó un profundo cambio en el que había sido el escenario tradicional de la práctica sindical en Cataluña. Ahora, la hegemonía anarcosindicalista pasaba a ser cuestionada por un marxismo emergente, pudiéndose afirmar que como mínimo se llegó a una situación de equilibrio entre ambas opciones sindicales.

A partir de una situación de indudable fuerza y con presencia en numerosos ámbitos de la sociedad, insospechados antes del 19 de julio, ambos sindicatos se pusieron manos a la obra en gestionar su enorme capacidad de actuación en el ámbito de la economía, la política y la sociedad misma. Poniéndose pronto de manifiesto que detrás de toda una retórica unitaria, por ambas partes siempre hubo una voluntad de imponer la propia estrategia sindical, que implicaba evidentemente la subordinación de la central rival a la misma, cuando no su misma absorción/desaparición.

Una vez iniciado el conflicto, ambas centrales experimentaron un notable proceso de crecimiento⁴, forzosamente más significativo en una UGT que partía de unos niveles de afiliación mucho más bajos que su rival confederal, ya que en aquellos momentos —a pesar de haber recibido notables incorporaciones como resultado de las mencionadas tendencias unitarias— no debía agrupar a más de dos centenares de sindicatos, con un máximo de 40.000 afiliados.

El extraordinario proceso de crecimiento experimentado por la UGT a partir del verano de 1936, determinó que en el mismo mes de octubre se afirmara agrupar 435.000 trabajadores, 600.000 en el curso de su III Congreso, para publicitarse una cifra superior a esta última a lo largo de todo el 1938. A pesar de la exageración que siempre conlleva toda cifra emanada de un sindicato en un contexto de pugna por la hegemonía, cálculos propios nos llevan a aceptar como cifra aproximada de la afiliación ugetista durante el periodo bélico, en su momento de máxima implantación, a unos 486.000 afiliados. Es decir, cerca de la mitad de la población activa catalana del momento, de ellos unos 204.000 en Barcelona.

4. Para un análisis global de la evolución de la UGT de Cataluña durante la Guerra Civil, BALLESTER, D.: *Els anys de la guerra. La UGT de Catalunya (1936-1939)*. Barcelona, 1998.

Al respecto, hay que romper definitivamente con la visión preestablecida, a partir de determinados análisis equívocos y sesgados (Broué, Temine, Rama, Payne, Semprún-Maura), en el sentido de que hay que considerar esta afiliación masiva como el resultado del ingreso en el sindicato de burgueses atemorizados frente los avances revolucionarios. La UGT catalana del periodo no fue sólo un sindicato de «cuellos blancos», a pesar de jugar la carta de la pequeña burguesía mediante la creación del GEPCI, aunque es cierto que el extraordinario crecimiento que experimentó convirtió el sindicato en un auténtico «cajón de sastre», donde convivieron las más diversas opciones sociales e ideológicas, siempre bajo el férreo control de una dirección comunista. Así, una buena parte de los recién ingresados fueron afiliados «liberados» por la CNT catalana a lo largo de su conflictiva evolución durante el periodo republicano, convirtiéndose estos en un contingente muy importante respecto al total de los nuevos ingresos. Sirvan de ejemplo los potentes sindicatos procedentes del Bloc Obrer i Camperol (BOC), los Sindicatos de Oposición del Bages y la poderosa Federació Local de Sabadell, con sus 20.000 afiliados. En esta parcela, igualmente deberíamos de añadir los sindicatos de la UGSOC, la Federació Obrera de Sindicats de la Indústria Gastronòmica (FOSIG), los de Llum i Força, entre otros, que claramente desmienten el axioma anteriormente citado.

Un segundo e importante contingente de afiliación procedería de sectores catalanistas, a pesar de que en este ámbito el socialismo representado por la siglas del PSOE y la UGT siempre había tenido serios problemas en Cataluña, debido a su incompreensión del hecho nacional catalán, acompañado de un notable centralismo por parte de sus órganos de dirección. Así el CADCI aportó en el momento de su ingreso 23.000 afiliados, que se convertirían poco después en cerca de 60.000. Igualmente, y en esta misma línea, también ingresaron la Federació Nacionalista d'Estudiants de Catalunya (FNEC), l'Associació de Funcionaris de la Generalitat y el sindicato de Funcionaris Municipals de Barcelona. En total unos 80.000 nuevos afiliados procedentes del ámbito sindical de cariz catalanista, cerca de una quinta parte del total.

Estas cifras, en conjunto, permitieron que la UGT catalana por primera vez en su historia adquiriera una presencia uniforme en todo el territorio. En relación a lo expuesto con anterioridad, es necesario resaltar que la ratio más alta entre afiliación ugetista y población comarcal se encontrará en aquellas comarcas donde la entrada en masa de los Sindicats d'Oposició en las filas de la Unión le habían dado una fuerza y presencia desconocida hasta entonces en aquellas demarcaciones: el Vallès Occidental i el Bages, ambas con un 26%, o bien en aquéllas donde los ingresos procedentes de los sindicatos poumistas de la FOUS habían sido importantes, como en el Segrià (Lleida), donde se alcanza un 22%, cifras comparables a las ofrecidas por las escasas zonas de tradicional implantación ugetista-socialista como el Baix Camp (Reus), con un 21%, y el Baix Ebre (Tortosa), con un 19%.

Si en el 1933 el sindicato estaba presente en solo 30 municipios repartidos en 17 comarcas, y el año siguiente, después de un año con el Secretariado en

funcionamiento, lo estaba en 79 y 28 respectivamente, ahora la situación a este nivel también había cambiado completamente. La UGT catalana estuvo presente durante la Guerra Civil en 858 municipios catalanes de todas las comarcas, a los que habría que añadir 113 poblaciones sin la condición de municipio, dando como resultado una extensión comarcal global que se puede considerar superior a la confederal del momento. En ellas se repartían los 2.611 sindicatos que hemos podido contabilizar (un 44% de ellos pertenecientes a Oficios Varios y a la Federación Catalana de Trabajadores de la Tierra).

Estos sindicatos se encuadraron en 29 federaciones de industria, mientras que con anterioridad al verano de 1936 solo había 5 constituidas (fabril y textil, banca, FETE, ferroviarios y Gas y Electricidad), algunas de ellas de forma harto precaria. De estos sindicatos y federaciones (así como del Secretariat y unidades militares patrocinadas por la UGT) emanaron un total de 101 publicaciones de diversa índole; una cifra que forzosamente ha de llamar la atención, si se tiene en cuenta que antes de julio de 1936 el sindicato solo contaba con el órgano de los bancarios *Esforç*.

Por sectores productivos, esta *nueva* UGT también conseguía, por primera vez —si se exceptúa la banca—, imponerse en numerosos ámbitos. Así se puede hablar de supremacía ugetista frente la CNT en banca, ferroviarios, seguros, enseñanza, vestido, trabajadores de la tierra (aunque la Unió de Rabassaires consiguió mantener su independencia y supremacía entre el campesinado catalán, resistiendo la voluntad del PSUC-UGT para absorberla), funcionarios municipales y de la Generalitat, boteros, sanitarios, mercantiles, pesca y transporte marítimo, correos, espectáculos públicos y la industria gastronómica. Es decir, un amplio espectro sindical, sobretodo del sindicalismo moderado que la UGT siempre había querido agrupar, al lado de una importante presencia en otros ámbitos como el textil (aquí en equilibrio con la CNT) y el metal, aunque en éste con clara inferioridad respecto a los confederales.

2. LA ADAPTACIÓN A LA NUEVA REALIDAD. LA UGT DE CATALUÑA EN SU PROBLEMÁTICA

2.1. *El espejismo de la unidad proletaria. Las relaciones con la CNT*

Si algún tema ocupó espacio en las páginas de *Las Noticias* y *Solidaridad Obrera*, entre otras muchas publicaciones ugetistas y confederales durante la guerra, fue el de una pretendida unidad entre UGT y CNT que, a partir de la citada bipolarización existente, englobaban en sus filas a la inmensa mayoría de trabajadores catalanes. Se realizaron pactos, se llevaron a término mítines, se propagaron eslóganes, pero la realidad siempre fue mucho más prosaica. La pretendida unidad de acción entre la CNT y la UGT catalanas durante la Guerra Civil fue la historia de un imposible. Todos los documentos firmados por ambas organizaciones durante estos años, fuese cual fuese su epígrafe, fueron incumplidos de forma sistemática, imponiéndose una realidad mucho más contundente a nivel

de calle, fábrica, sector industrial o zona geográfica, por encima de las declaraciones formales de buenas intenciones que ambas direcciones estipularan, siempre entendiendo las mismas como un paréntesis hasta llegado el momento de imponer su propia estrategia sindical a la central rival. Es decir, detrás de un discurso de tono unitario, no dejaba de esconderse el deseo de monopolizar la representación de los trabajadores catalanes mediante la absorción, cuando no la liquidación, como mínimo en algunos sectores y, sobretodo, por parte de los cenetistas, de la central rival. Los sindicatos estrenaban nuevas parcelas de poder y en la mayoría de los casos no estaban dispuestos a compartirlos, ni todavía menos a cederlos.

Así mismo, hay que analizar la contradicción que implicaba mantener una relación entre la UGT y una CNT como mínimo bicéfala. Es decir, una relación con la dirección del sindicato anarcosindicalista y sus afiliados «que nos tratan bien», tal como se solía repetir en la prensa marxista, de los cuales nunca se puso en duda, como mínimo de forma pública, su voluntad unitaria, y, en segundo lugar, todo el entramado de «incontrolados» y sistemáticos «violadores de la libertad sindical», que bajo el amparo de las siglas confederales obstaculizaban todas las iniciativas al respecto. En este sentido hay que hacer mención que una quinta parte de los miembros que formaron el máximo órgano dirigente de la UGT catalana durante la guerra fueron víctimas mortales de la actuación de aquéllos⁵. Una muestra de las dificultades que planteaba un tema clave al respecto, como era la libertad de sindicación, nos la ofrece una carta del miembro de la dirección ugeista Tomás Molinero dirigida al Jefe Superior de Policía de Barcelona, en referencia a un detenido (no mucho después de la crisis de mayo de 1937) en un garaje cenetista, donde se habían localizado armas: «Es conocido nuestro [el detenido] desde muchos años y siempre ha militado en filas marxistas sin tener nada en común con la CNT puesto que si desde julio [de 1936] pertenece a ella es debido a tener que ingresar para poder trabajar»⁶. Situaciones como ésta fueron constantes, y la fecha del citado documento pone además de manifiesto que la liquidación favorable de la crisis de mayo respecto a los planteamientos del binomio PSUC-UGT no dejó de tener zonas de sombra, siempre en relación a las determinantes —hay que insistir al respecto— condiciones locales.

En relación a las evidentes limitaciones que tuvo el ejercicio de la libertad de sindicación durante la guerra y las enormes tensiones entre ambas organizaciones que acarreó, es significativa la actitud que tomó al respecto la UGT, que puede ser calificada como una mezcla de cautela y transigencia. Si bien se pueden encontrar en los órganos de prensa del sindicato algunos artículos contundentes e incluso amenazadores, no tenemos constancia de que en ningún momento la UGT catalana decidiese adoptar una firme actitud frente la proliferación de excesos en este ámbito, aunque desde finales de 1936 ya osase proclamar su primacía

5. Tres de los quince miembros que tuvo el Secretariat Regional entre 1936 y 1939: Antoni López Raimundo, Desideri Trilles y Antoni Sesé.

6. 17-VI-1937, Archivo de la Guerra Civil de Salamanca (AGC/S), PS Barcelona 617.

sindical frente a la CNT y por ejemplo en *Treball* se pudiera leer el 20 de octubre «La paciència ha arribat a un límit». Unos excesos que se produjeron desde los primeros instantes de la guerra y que si bien la UGT se equilibró cuantitativamente frente a la CNT, también es cierto que estos administraban una afiliación más militante, más compacta, más combativa y radicalizada. En determinados momentos parecerá que la dirección ugetista intentaba ganar tiempo para poder consolidar su estructura y, sobretodo, intentar evitar un estallido que pudiera poner en peligro una situación de privilegio en comparación con la que había sido su realidad poco tiempo atrás.

Después de mayo de 1937, la situación mejoró ostensiblemente para los ugetistas, al liquidar de forma rápida y contundente a los poumistas que mediante la FOUS habían ingresado en sus filas, y que siempre fueron considerados como una quinta columna confederal. A su vez, el «partido hermano», el PSUC, alcanzaba unas importantes cuotas de poder en la vida política catalana, sin que esto implicara necesariamente su traslación mimética en el ámbito sindical, donde si bien la UGT se pudo sentir mucho más fuerte y disponía de un margen de maniobra más amplio, no pudo acabar de dominar la amplia implantación cenetista en determinadas zonas, Barcelona en especial, donde hasta el mismo Togliatti afirmaba que nunca se pudo conseguir la deseada situación de control⁷.

En consecuencia hay que ir más allá de la retórica emanada del Comité de Enlace creado en agosto de 1936, y su sucedáneo de tres meses después, creado a partir del denominado Pacto de la Monumental, y analizar la realidad a nivel de taller, fábrica, población o comarca, donde los conflictos, boicots, presiones e incluso secuestros y asesinatos estaban a la orden del día, y donde los condicionantes de carácter local siempre se sobrepondrían a los pactos llevados a cabo por las respectivas direcciones. Sirvan de ejemplo los conflictos en el ramo del transporte en Barcelona o bien los que se produjeron respecto al tema de la colectivizaciones, «el túnel de las colectivizaciones» que criticaba la prensa marxista, en La Fatarella, Alpicat, L'Hospitalet, El Masnou, Vall d'Aran y otros muchos lugares.

El cénit de esta situación, que se puede calificar como mínimo de «agobiante presión», tendría lugar durante la crisis de mayo, cuando la militancia ugetista vivió lo que consideró que puede ser calificado como «el gran miedo». Es decir, vislumbrar como posible el ser borrados, con grados variables de violencia, por una militancia cenetista mucho más avezada en situaciones de estas características. Los 80 informes conocidos y analizados⁸, entre los remitidos por la secciones locales al Secretariado después de la crisis, ponen de manifiesto el miedo y la indefensión de aquellas horas o días, especialmente en las zonas rurales, con asaltos a los locales del sindicato, vejaciones (roturas de carnés, confiscación de la caja...), siempre temiendo la llegada de un «camión» procedente de otra localidad que liquidara la situación de forma expeditiva.

7. TOTGLIATTI, P.: *Escritos sobre la guerra de España*. Barcelona, 1980, p. 249.

8. FPI AH 43-24, AGC/S PS Barcelona 501, 515, 524, 827, 892, 1.087, 1.088, 1.210, 1.340 y 1.435.

A pesar de que son de sobra conocidos los resultados de la crisis de mayo, hay que puntualizar al respecto que la situación de indefensión e incertidumbre de los ugetistas pervivió en determinadas zonas durante semanas, a la vez que se pone de manifiesto desde un primer momento, una vez liquidados los enfrentamientos, que la voluntad del Secretariado fue tanto liquidar la presencia de poumistas en sus filas, como de establecer un nuevo marco de relaciones con la dirección confederal, a la que no se responsabilizó nunca en público de lo sucedido. La innegable situación de ventaja que gozó la PSUC-UGT desde la crisis, no fue óbice para que perduraran las tensiones en determinados sectores productivos y localidades, poniéndose de relieve que el cambio de correlación de fuerzas no fue a nivel de las bases todo lo contundente que determinadas interpretaciones permiten suponer.

Así pues, no ha de extrañar que el pacto firmado en Valencia por las respectivas direcciones en julio de 1937 no tuviera ningún efecto en Cataluña, donde se afirmaba que «La CNT de Madrid es muy diferente»⁹. Dando por supuesto que el Secretariado utilizó la negativa a ampliar este pacto a tierras catalanas como un instrumento más en el pleito que le enfrentaba entonces a la Ejecutiva Nacional largocaballerista, lo cierto es que durante muchos meses se siguieron denunciando, tanto en la prensa como en la documentación interna del sindicato, numerosos «atropellos» en referencia a la libertad de sindicación. Se tuvo que esperar a abril del año siguiente para poner en funcionamiento un Comité Permanente de Enlace, que a pesar de nacer con los mejores augurios, pronto se convirtió en un organismo estéril, tal como reflejan las actas de sus reuniones, en ocasiones de no más de diez líneas de extensión. El pretendido entendimiento entre ambas centrales, había sido la historia de un imposible, y llegados al 1938 las perentorias necesidades militares después de casi dos años de derrotas iban a aparcar definitivamente el tema, reducido una vez más a una ineficaz retórica que había de perdurar hasta la ocupación de Cataluña.

2.2. *Ugetistas en conflicto: PSUC versus POUM*

Habitualmente, y no sin razón, se considera a la UGT catalana, especialmente al binomio PSUC-UGT, como una organización vencedora en la crisis de mayo de 1937, por el refuerzo que significó la forma mediante la cual se liquidó la crisis a su lectura y actuación consecuente, respecto del momento histórico que se vivía. Pero esta interpretación obvia, que después de la crisis también hubieron ugetistas derrotados, aquellos que militando en el POUM habían ingresado en el sindicato el verano anterior, y que a partir de este momento serían radicalmente apartados del sindicato.

9. «Acta de la reunió del Comitè Regional de la Federació Catalana d'Indústries Químiques celebrada el 7 d'agost de 1937», AGC/S PS Barcelona 507.

Los sindicatos del BOC habían sido expulsados de la CNT durante los años republicanos, convirtiéndose en la segunda fuerza sindical catalana, a gran distancia de los anarcosindicalistas, pero siempre superando las escasas fuerzas del ugetismo catalán del periodo. Una vez creado el POUM a finales de 1935, en mayo del año siguiente este partido impulsó la creación de la FOUS, con el utópico objetivo de que sirviera de plataforma donde habrían de converger el resto de fuerzas sindicales. Su llamamiento a la unidad sindical pronto cayó en saco roto, ya que tanto cenetistas como ugetistas interpretaron la FOUS como una rival más, nunca como una opción a partir de la cual empezar a articular un proyecto de unidad sindical. Las consecuencias inmediatas del inicio del conflicto y las consiguientes tendencias bipolarizadoras en el ámbito sindical, liquidaron toda posibilidad de que la FOUS pudiera articular un proyecto sindical autónomo. El resultado fue su ingreso en las filas de la UGT el septiembre de 1936.

La opción escogida tenía un evidente carácter *entrista*. Se reconocía una mayor sintonía con la CNT, de la cual se aplaudía su verdadero carácter revolucionario, a pesar de diferirse en el modelo social a impulsar, pero el verdadero objetivo de la decisión tomada era sustraer la UGT del control que ejercía sobre ella el PSUC. A partir de estas premisas, el conflicto estaba planteado. Los dirigentes del POUM hicieron de la crítica al «reformismo» de la UGT su bandera, centrando sus ataques en unos dirigentes, calificados en el mejor de los casos como de burócratas antirrevolucionarios, subordinados a las directrices de Moscú. Tal como afirmó Andreu Nin, se trataba de conseguir una «transformación total de la UGT», y situarla en la vereda revolucionaria que habría de conducir, finalmente, a la deseada fusión con la CNT¹⁰. La estrategia que se pretendía llevar a cabo, partía de la convocatoria de asambleas en las distintas instancias organizativas del sindicato, donde sus militantes, a partir de los sindicatos en los cuales tenían una presencia más importante, pudiesen hacerse con el control y marginar a los hombres del PSUC.

Obviamente, los hombres del Secretariat en ningún momento estuvieron dispuestos a facilitar este objetivo, enconándose las posiciones de unos y otros ya en los primeros meses de forzada convivencia bajo las mismas siglas. La prensa poumista no cejaba en sus ataques a la dirección del sindicato, y de forma paralela al PSUC, mientras estos dedicaban no pocos esfuerzos en limitar la capacidad de actuación de los hombres del POUM en el seno del sindicato. La crisis del gobierno de la Generalitat de diciembre de 1936 planteó el primer gran enfrentamiento, que conllevó la salida de Nin del departamento de Justicia y a su vez la acentuación de la presión sobre los militantes poumistas en la UGT. En este ámbito, el POUM planteó la crisis en un doble sentido. Por una parte insistir en la voluntad de «desenmascarar» el reformismo de los dirigentes del PSUC y la UGT, tal como recogía la resolución del Comité Central ampliado celebrado a medianos de diciembre, a la vez que insistían en la necesidad de depurar las filas antifascistas

10. NIN, A.: «¿Por qué los sindicatos de la FOUS ingresan en la UGT?», *Portaveu de l'Agrupació de rebosters i pastissers de Catalunya - UGT*, 130, 10-1936.

de arribistas y aprovechados. Una depuración que inmediatamente decidió llevar a cabo el Secretariat, y que iba a tener, precisamente, a los hombres del POUM como objetivo principal.

Formalmente, se articuló un complejo proceso de revisión de carnés, que en principio tenía que estar realizado en el mes de marzo, con el objetivo de «limpiar» las filas de la organización de aquellos que solo buscaban un paraguas protector al afiliarse a una organización antifascista. Pero a la hora de la verdad, la consecución del objetivo inicial dejó mucho que desear, tanto por la falta de voluntad de la dirección como por el verdadero caos organizativo en el cual se encontraba en sindicato como consecuencia de la «marejada ascensional». Así pues, los esfuerzos se dedicaron a limitar, cuando no a perseguir, la capacidad de actuación de los hombres del POUM en la organización. Irónicamente, *La Batalla*, respondía a la nueva dinámica emprendida desde diciembre: «¿Qué quiere la dirección de la UGT?, ¿Que nos sintamos coaccionados y les dediquemos versos? No hacemos otra cosa que pedir asambleas, y si somos fascistas, que nos acusen los obreros y nos fusilen»¹¹.

En buena lógica, la problemática se planteó especialmente en aquellos sindicatos donde la presencia de los poumistas era más notable (madera, industria gastronómica, enseñanza, comarcas leridanas...). En el caso de la FETE, por ejemplo, se podía leer en el órgano de los disidentes *Escola Socialista*, en su ejemplar de noviembre de 1936 —no sin cierta ironía—, que «d'ara endavant, els mestres solament podran prendre cafè elaborat amb cafeteres russes». La tensión entre unos y otros se fue acentuando a lo largo de las postrimerías del invierno y los inicios de la primavera de 1937 para, finalmente, estallar con toda su virulencia en las jornadas de mayo. El saldo es hartamente conocido. A partir de este momento, la actuación de los poumistas en el marco de los sindicatos del Secretariat se convirtió en imposible. Las duras medidas depuradoras dictadas por la dirección ugetista, que se habían de aplicar con independencia de que los afiliados hubieran tomado parte o no en el movimiento, hicieron el resto. En algunas ocasiones, como en Tàrraga, se tuvo que utilizar a la Guardia de Asalto para poner bajo control a los sindicatos que se negaban a aplicar las medidas, tanto por considerar a sus miembros como libres de toda sospecha respecto a lo acaecido a principios de mayo o bien por valorarse por encima de todo su condición antifascista.

De todos modos, el Secretariado acabaría por conseguir el objetivo de homogeneizar la organización, apartando de la misma a los hombres del POUM, sobretodo a aquellos que habían conseguido acceder a cargos de responsabilidad. La UGT, como organización, salía reforzada de la crisis, pero en su bagaje quedaba un amplio colectivo de ugetistas derrotados en la misma, aunque es evidente que la organización conseguía de esta manera cerrar una grieta en su compleja trayectoria desde el verano anterior.

11. *La Batalla*, 5-2-1937.

2.3. ¿Una central sindical catalana?

Una de las diversas razones del fracaso del ugetismo en Cataluña fue su aversión, no ya a los planteamientos del catalanismo político, sino a las más mínimas muestras de catalanidad, que siempre se habían de subordinar a un pregonado internacionalismo, al centralismo de los comités directivos y a no pocas muestras de españolismo. Así, a menudo, la UGT fue vista como representante de lo que se denominaba el «socialisme madrileny», refractaria a todo planteamiento en este ámbito. Pero en el verano de 1936 las cosas también cambiarían en este terreno. Básicamente por dos razones.

En primer lugar, el acceso al Secretariado de una dirección comunista, que a partir de la aceptación mimética de los principios del marxismo-leninismo respecto las nacionalidades, consideró *ipso facto* superado el conflicto en esta parcela dando un giro, sobretudo a nivel formal, de la que había estado la línea de actuación al respecto de la UGT a lo largo de su historia. En segundo lugar, por el ingreso en sus filas de un importante contingente de sindicatos y afiliados, ya cuantificado, procedentes de las filas del nacionalismo, los cuales frente el cariz revolucionario que tomaban los acontecimientos en aquellas fechas y la bipolarización sindical existente, acudieron a la UGT para dotarse de un paraguas protector que les permitiera capear lo mejor posible el temporal. Una decisión claramente coyuntural y en la que nada tuvieron que ver la adopción de los citados postulados de Lenin y Stalin respecto las nacionalidades, y contradictoria con las opiniones expresadas por sus dirigentes y militantes respecto al significado del ugetismo en Cataluña. Así, el dos de agosto ingresó el CADCI, el 18 lo haría la FNEC, al entenderse a los estudiantes como «futuros productores», y poco después lo harían las asociaciones de funcionarios de la Generalitat y el ayuntamiento de Barcelona.

De todos modos, la actuación de los nacionalistas catalanes en el marco de la UGT fue siempre muy conflictiva¹². Cuando la tempestad amainó, pronto se hicieron escuchar voces procedentes d'Esquerra Republicana i Estat Català, en el sentido de poner de manifiesto la contradicción de que fuera un sindicato con unas señas de identidad y una trayectoria histórica al respecto tan claras, un sindicato «no catalán», quién ahora agrupara el sindicalismo nacionalista. Desde la primavera de 1937, las páginas de *La Humanitat*, *Som* y el *Diari de Barcelona* se llenaron de artículos al respecto, resucitándose un viejo tema del mundo sindical catalán, como el de crear una «central sindical catalana», la «tercera», al entender que ni la UGT ni la CNT eran capaces de ocupar este espacio, y que a partir de la refundación de verano de 1936 quería y creía ocupar el Secretariado, porfiando con toda una amplia gama de argumentos desde las páginas de *Las Noticias* en particular y toda la prensa ugetista en general, por intentar poner de manifiesto el cambio realizado en este sentido. Así, por ejemplo, el sindicato pregonará

12. Para el caso concreto del CADCI, BALLESTER, D.: «El plet del CADCI: el sindicalisme nacionalista en la cruïlla dela Guerra Civil», *Revista de Catalunya*, 167, noviembre de 2001.

haberse convertido en un firme «defensor de las libertades Ibéricas» y del «mantenimiento y ampliación de las libertades catalanas»¹³.

De todos modos, la federación estudiantil abandonaría las filas ugetistas después de la crisis de mayo, que tuvo entre sus consecuencias la vulneración del Estatuto de autonomía por parte del gobierno de la República, sin que el Secretariat se mostrara opuesto a esta circunstancia. Lógicamente, la campaña de los sectores nacionalistas arreció después de esta fecha, en un clima de tensión al respecto que fue *in crescendo* hasta el verano, cuando tanto el CADCI (4 de julio) como la AFG (1 de agosto) ratificaron en sendas y conflictivas asambleas, no exentas de crispación, su ingreso en la UGT.

De esta forma el Secretariado cerró un conflicto que había mermado su capacidad de actuación durante el año anterior, y lo cerró con una victoria contundente e inapelable, aunque una vez más la realidad fue más obstinada que los discursos. Así podemos constatar como la articulación de la federación de industria del ramo mercantil, de la cual el CADCI había de ser su eje con sus decenas de miles de afiliados, no se acabaría de constituir hasta el año siguiente, y en la cual la voluntad de los nacionalistas de mantener su señas de identidad dentro de la federación siempre fue motivo de conflictos y controversias, dificultando de este modo su eficaz desenvolvimiento hasta el final de la guerra.

2.4. *La UGT de Cataluña, ¿UGT de España?*

Durante el III Congreso de la UGT de Cataluña, celebrado en noviembre de 1937, el entonces secretario general saliente, Josep del Barrio, manifestó en su discurso inaugural: «Conviene declarar ante este Congreso para que quede bien claro que la UGT de Cataluña es parte integrante de la UGT de España»¹⁴. Una afirmación de estas características, que puede parecer una obviedad, sólo hacía reflejar lo complejas que habían sido las relaciones entre la dirección catalana y la Ejecutiva Nacional desde el verano del año anterior.

Ya hemos reflejado cómo el acceso a la dirección del sindicato en junio de 1936 del equipo comunista encabezado por el mismo del Barrio y Antoni Sesé, se realizó completamente al margen de la ejecutiva largocaballerista. La inmediatez del golpe de estado y sus consecuencias ratificaron *de facto* la nueva dirección. Durante los primeros cinco meses del conflicto, cuando primaban las necesidades perentorias del momento y las visicitudes de carácter militar, las relaciones orgánicas entre ambas direcciones prácticamente desaparecieron. Tenemos noticia de un viaje de Sesé a Madrid para conseguir el *placet* de la dirección ugetista respecto a los cambios acaecidos en Cataluña, volviendo el entonces secretario general de vacío a Barcelona. La dirección central veía con malos ojos lo que denominaban «experimentos» que se realizaban en Cataluña, en referencia a un

13. *Las Noticias*, 4-7-1937.

14. DEL BARRIO, J.: *Informe al III Congreso*. Barcelona, 1937.

proceso revolucionario que estaba en marcha y sobre el cual no podían influir, a la vez que desconfiaban del influjo que realizaba el PSUC sobre lo que formalmente era una de sus secciones regionales. Sirva de ejemplo, respecto a este periodo de distanciamiento, el hecho de que en pleno proceso de crecimiento por parte de la UGT catalana, con el ingreso de centenares de nuevos sindicatos durante el verano de 1936, solo se notificara a la dirección central de forma oficial el ingreso de 5 sindicatos en el mes de agosto y 3 en el de septiembre, cuando cálculos propios del mismo periodo nos permiten afirmar que fueron en realidad 757. Al respecto, podemos afirmar que Largo Caballero se planteó durante estos meses la posibilidad de desautorizar a la UGT de Cataluña como parte integrante de la UGT de España.

Una vez reanudadas las relaciones, a partir de enero de 1937, éstas estuvieron marcadas desde su inicio por la desconfianza, el recelo y constantes enfrentamientos. La visita de miembros de la dirección central a Barcelona no hizo más que acentuarlos, al descubrir que la organización catalana se había dotado de un órgano de prensa, *Las Noticias*, que no contaba con la pertinente autorización, a la vez que se recriminaba con insistencia el hecho de que la UGT de Cataluña hacía la política del PSUC, y no la de la Ejecutiva Nacional. Incluso la iconografía en los actos organizados por el Secretariat Regional eran motivo de disputa, en referencia a la ausencia de imágenes Pablo Iglesias o de Largo Caballero y la proliferación de símbolos terceristas. Así no es de extrañar que el órgano largocaballersita en Valencia, *La Correspondencia*, se pudiera llegar a leer que «la UGT en Cataluña no es nuestra UGT, la tradicional UGT de España»¹⁵.

Durante los meses siguientes, la dirección de la UGT de España, con la intención de socavar la fuerza de los hombres del Secretariado, no dudaron en posicionarse de forma puntual en los distintos conflictos que afectaban la UGT catalana contra los intereses de su dirección. Así dieron apoyo explícito a los poumistas en su pugna con el Secretariado e incluso llegaron a recibir palabras de apoyo desde las páginas de *Solidaridad Obrera* por su actitud al respecto. La crisis de mayo acentuó el distanciamiento, ya que el Secretariado no se abstuvo de mostrar su hostilidad con el jefe de gobierno y a la vez secretario general del sindicato. Con Largo Caballero dimitido, y en una clara línea de hostigamiento al Secretariado, en el mes de junio desde Valencia se enviaron cartas y telegramas a las secciones catalanas comunicándoles que la dirección central no las podía considerar parte de la UGT de España, al no haber estado debidamente registradas por la dirección catalana, a la vez que ésta era acusada de utilizar «cuponaje apócrifo» y de deber el importe de la cuotas que correspondían a la Ejecutiva Nacional. Los sindicatos reaccionaron con incredulidad, pero el Secretariado consiguió mantener prietas las filas y pronto organizó el contraataque, entrándose en el mes de agosto en un nuevo periodo de relaciones caracterizadas por la radicalización del enfrentamiento.

15. 19-8-1937.

Los críticos a Largo Caballero en la UGT de España articulados en el Comité Nacional, procedentes del socialismo negrinista y del PCE, tuvieron un inestimable apoyo en la dirección catalana a la hora de conseguir finiquitar la presencia del veterano dirigente socialista al frente del sindicato. La Ejecutiva Nacional fue calificada desde Cataluña «tertulia», «conglomerado miserable» y sus miembros de «caciques»¹⁶, y cuando finalmente González Peña se hizo cargo de la secretaria general a finales de octubre, el Secretariado Regional dejó de ser un ente denostado, para pasar a ser el «espejo en que mirarse el resto de Iberia»¹⁷. Es decir, el ugetismo catalán, con el camino recorrido desde el junio de 1936, dejaba de estar estigmatizado y pasaba a ser el ejemplo a seguir, cicatrizando así de forma extraordinariamente rápida, al acceder una nueva dirección al frente de la UGT española, las heridas resultado de más de un año de distanciamiento y enfrentamientos. El colofón a esta nueva situación de perfecta sintonía y entendimiento, lo encontramos en el curso del ya citado III Congreso de la UGT catalana, cuando la presencia en el acto de Lamonedá, Mije y Rodríguez Vega por parte de la nueva dirección central ratificó, con altas dosis de entusiasmo por parte de unos y otros, el nuevo escenario sobre el cual pasaban a actuar ambas organizaciones.

3. ¿SINDICATS CARA LA GUERRA?

Superadas las diversas crisis que habían afectado al sindicato en su singladura desde el verano de 1936, una vez liquidada la molesta presencia de poumistas en sus filas, certificada la permanencia de los nacionalistas, conseguidas —de la mano del PSUC— posiciones de clara ventaja respecto la CNT, y tras haber finiquitado positivamente el conflicto con la UGT de España, había llegado el momento de convertir cada taller, cada fábrica, en un «volcán de entusiasmo», tal como se hacía referencia de forma habitual. Es decir, convertir las decenas de miles de afiliados en militantes conscientes, dispuestos a seguir con los sacrificios que fueran necesarios la consigna que emanaba del magno acto congresual: «*Sindicats cara la guerra*», entendiéndola como una premisa indispensable para derrotar al fascismo. Se trataba de que sus hombres y mujeres se convirtieran en los instrumentos revitalizadores de una retaguardia que se precisaba que fuera ejemplar, consciente y activa. Aspectos éstos que se habían de poner de manifiesto tanto en el centro de trabajo —con disciplina, esfuerzo y limitaciones salariales— como fuera —trabajo voluntario, actuación militante—. El hecho de que el sindicato consiguiera o no movilizar y empujar a sus miles de afiliados hacia una actuación consciente y militante dependía, en buena parte, del éxito o el fracaso de su actuación de la UGT catalana en el vital «segundo frente» de la retaguardia.

Pero a pesar de este contexto en principio plenamente favorable, el Secretariat fracasaría durante los catorce meses de guerra restantes en intentar convertir

16. *Las Noticias*, 5/7-10-1937.

17. Amaro del Rosal en *Las Noticias*, 14-9-1937.

la organización en un eficaz instrumento para conseguir la victoria. Se encontró con un muro de indiferencia por parte de una afiliación masiva —las «masas cotizantes»—, pero poco concienciada y dispuesta a añadir más sacrificios a su dura realidad cotidiana motivada por la escasez, la desmoralización, los efectos de los bombardeos, la masiva movilización, etc. Así pues, no será extraño encontrar en el seno del sindicato actitudes y comportamientos que, teóricamente, no tenían lugar en aquella sociedad sindicada, movilizada y en guerra. Pronto este tipo de actuaciones se convirtieron en un serio obstáculo para que la UGT de Cataluña transformara sus objetivos en resultados.

Los hombres de la dirección ugetista nunca fueron capaces de articular una respuesta a esta amplia problemática. No entendían que en una sociedad en la cual, formalmente, habían desaparecido los burgueses, amplios sectores de su afiliación adoptaran precisamente «hábitos burgueses», tal como se denunciaba de forma repetida en la prensa del sindicato, con actitudes de resistencia al trabajo y rechazo al voluntarismo que se pregonaba desde el Secretariado y las direcciones de las diferentes federaciones de industria¹⁸. El «sacrifiquémonos por el provenir» que pregonaba el órgano ugetista de Vic *UHP* en noviembre de 1937 a menudo caía en saco roto, poniéndose de manifiesto la gran diferencia existente entre la posesión de un carné sindical y la de actuar como militante de la organización a la cual se pertenece.

Es evidente que la UGT catalana fue incapaz de establecer filtros eficaces respecto a la masa de nuevos afiliados que convergieron en sus filas, a la vez que tampoco tuvo éxito ni perseverancia en la aplicación de una política depuradora que permitiera conseguir un grado óptimo de eficacia en su actuación. Igualmente la necesaria política de formación de cuadros tampoco tuvo los éxitos esperados, como premisa imprescindible para conseguir una organización verdaderamente cohesionada. Sin menospreciar las grandes dosis de voluntarismo de decenas de miles de militantes, se puede afirmar que frente a las directrices de la dirección se levantó un verdadero ejército de indiferentes, que dificultaron en un alto grado tanto la vida organizativa del sindicato como el funcionamiento eficaz de las amplias parcelas de gestión económica que la UGT gestionaba, al aparecer al lado de los ya mencionados «hábitos burgueses». Igualmente hizo acto de presencia una seria problemática en referencia a los desertores, los emboscados y también respecto a los denominados «emboscados del centro de trabajo», es decir, aquellos que sin tener la condición necesaria se habían hecho por las vías más diversas con un carné de «imprescindible para la producción», que evitaba su movilización. Afirmando también que las repetidas llamadas al trabajo voluntario también cayeron en saco roto, no podemos por más que plantear un horizonte lleno de dificultades. En consecuencia, podemos afirmar que la UGT catalana fue incapaz de impulsar en la retaguardia un eficaz esfuerzo «cara la guerra», tal como

18. Para un análisis concreto de este aspecto, con numerosos ejemplos, BALLESTER, D.: «Afilació versus militància. Actituds dins de la UGT durant la Guerra Civil», en Roca i Albert, Joan (coord.), *L'articulació social de la Barcelona contemporània*. Barcelona, 1997, pp. 117-130.

era su intención. El fracaso en este ámbito puede ser acompañado de muchos condicionantes y atenuantes, pero lo cierto es que las diversas iniciativas emprendidas al respecto culminaron siempre con un bagaje negativo.

En el acto llevado a término en Mataró para conmemorar el medio siglo de vida de la UGT de España, Manuel Cordero comparaba la posesión de un carné con un «seguro de vida» y González Peña hacía referencia a su mal uso al calificarlo como «una ganzúa o puñal para asesinar al pueblo por la espalda», añadiendo al respecto que había que cerrar de una vez la «aduanas política». Y es que, tal como había manifestado Manuel Alcubierre meses antes, «un carnet sindical no representa la moral del que lo exhibe si el afiliado no sabe hacer de él buen uso»¹⁹. Todas estas afirmaciones, hechas en fechas tan avanzadas como 1938, ponen de manifiesto las evidentes limitaciones que la afiliación masiva conllevaba. Así pues, como consecuencia tanto del aluvión de nuevos afiliados como de la falta de filtros, no será extraño que en la actuación sindical de aquellos se pueda encontrar toda una serie de actuaciones y comportamientos que poco o nada tenían que ver con una sociedad sindicada y en lucha contra el fascismo. Las denuncias respecto a la presencia de afiliados ugetistas con un pasado derechista, desde la Unión Patriótica a organizaciones patronales pasando por centros católicos, será constante, tanto desde las propias filas del sindicato, especialmente desde los órganos de prensa controlados por el POUM, como por los rivales cenetistas. Sumándose a esas denuncias, las que ponían de manifiesto actuaciones caciquiles en el uso de las atribuciones del cargo, especialmente en comarcas, arribismo e incluso provecho personal de cariz económico. Este conjunto de denuncias hubieron de poner en alerta a la dirección respecto a la proliferación de este tipo de prácticas, pero también es cierto que su voluntad nunca fue más allá de intentar limitar, en la medida de lo posible, los efectos nocivos que una infiltración de estas características podía tener sobre el conjunto de la organización. Se puede argumentar al respecto la incapacidad material de llevar a cabo actuaciones amplias y contundentes en este ámbito, pero también lo es que en aquel contexto la verdadera obsesión de los hombres del Secretariat era limpiar sus filas de poumistas más que de indeseables o derechistas.

Otra actuación que denota las carencias en los ámbitos que estamos tratando, nos la proporciona la falta de responsabilidad de los afiliados a la hora de participar en las diversas reuniones y asambleas que eran convocadas en el centro de trabajo. Éstas solo tenían éxito cuando se realizaban en horario laboral, llegando a denunciar en el II Congreso Extraordinario de la federación de Agua, Gas y Electricidad que los trabajadores solo acudían a ellas «cuando se trata de pesetas»²⁰. Las multas que se establecieron como penalización para los no asistentes no ofrecieron resultado, y finalmente en el curso del III Congreso del Secretariat se estableció obligatoriamente que toda reunión o asamblea tuviera lugar fuera del

19. *Las Noticias*, 13-3/17-10-1938.

20. «Acta del II Congr s Extraordinari d'Aigua, Gas i Electricitat», 12-12-1936, AGC/S PS Barcelona 888.

horario laboral. Para paliar la evidente relajación de sus afiliados a medida que iba avanzando el conflicto, la dirección ugetista impulsó la creación de una nueva categoría de afiliado, el activista, al cual se le consideraba que estaba dispuesto a llevar a término una actuación proselitista y que sobretodo estuviera dispuesto a participar en el trabajo voluntario. La repetición de llamamientos al respecto a lo largo de 1938, sin que por otra parte se explicitara en ningún órgano de prensa ni documento interno logro positivo alguno, nos lleva de nuevo a considerar la iniciativa como un fracaso. Éste hecho coincidiría con la acentuación en las páginas de los múltiples órganos de prensa del sindicato de la decepción que sentían el puñado de militantes que habitualmente se encargaban de su publicación, respecto a aquellos compañeros de carné que vivían a espaldas de las directrices de su organización, y que pronto fueron adjetivados con un conjunto de nuevos adjetivos, desde «mercaderes de la revolución» a «chupones», «tiralevistas», «paràsits cigroners —parásitos garbanceros—» y un largo etc., los cuales, se añadía —entre otros muchos ejemplos— el que hacía referencia a aquellos que «protegidos por el carnet de militante [...] se valen de él como alcahueta para sus desmanes capitalistas»²¹.

Todo lo expuesto hasta el momento respecto del contenido de este último capítulo, no hace más que poner de manifiesto las enormes dificultades que tuvo que sortear el ugetismo catalán para galvanizar una retaguardia en general poco combativa, pudiéndose afirmar que la responsabilidad de llevar adelante la actuación del sindicato y cumplir las directrices emanadas de sus órganos de dirección fue obra de una minoría militante. Además, podemos afirmar que para encontrar actitudes como las expuestas no hace falta esperar a un nivel avanzado del conflicto, cuando se acentuaron las penalidades de todo tipo, sino que en el mismo 1936 ya es posible constatar el gran abismo que separaba el frente y la retaguardia.

De hecho, ya en el pleno de comarcales de noviembre de 1936 Sesé afirmaba que se había perdido el entusiasmo («caliu») de los primeros momentos, para añadir que «la classe obrera en general no sent amb intensitat la inquietud que en si porta la guerra». En la misma línea, en su ejemplar de julio de 1937 se podía leer en *Ressorgiment* que «Possiblement el 70% dels treballadors de Catalunya viuen en la ignorancia quasi complerta del que és aquesta guerra que contra el feixisme estem sostenint, doncs d'altra manera no es pot comprendre el seu poc interès». A pesar del heroísmo de muchos en el frente, en la retaguardia se había de librar una batalla paralela contra un ambiente «de disbauxa i alegria», que contaba a veces con la colaboración de «dirigents de vida crapulosa»²².

Todo en conjunto, conducía a un cierto ambiente de desmoralización que también puede ser constatado en los numerosos informes que desde en frente aragonés enviaba el jefe de la columna PSUC-UGT, el exsecretario general ugetista Josep del Barrio, al comité militar del partido y el sindicato. Estos tienen fecha de

21. *Relieues*, 30-1-1937.

22. Josep Muni en el Comité de Barcelona del PSUC, 5-10-1936, AGC/S PS Barcelona 380.

septiembre y octubre de 1936²³, y en ellos Del Barrio pone de manifiesto con toda crudeza y contundencia el radical abismo que representan los 300 kilómetros que separaban primera línea con la capital catalana, donde según su criterio se trabajaba muy poco y se permitía que en el frente faltasen municiones, al seguir siendo no laborables determinadas festividades de raíz religiosa, o bien se hubiera producido reducción de la jornada laboral y/o declarado incrementos de salario injustificados. Llegando a la conclusión en su informe de 11 de enero de 1937 de que «la guerra en el frente de Aragón la estamos llevando a cabo unos revolucionarios de buena voluntad plétóricos de entusiasmo y conscientes, [...] que somos combatidos por la indiferencia de unos y por el sabotaje descarado y consentido de los demás». Esta situación le llevaba a criticar el igualitarismo salarial, un hecho que sería corregido por una resolución del III Congreso en la que se afirmaba: «la sola presencia en el treball no s'ha de pagar, cal pagar el rendiment»²⁴.

Otros muchos ejemplos sería posible exponer al respecto, a partir de la documentación interna del sindicato y de las críticas aparecidas en numerosos órganos de prensa, hacía una retaguardia indiferente, situación que evidentemente agravaba a los que estaban realmente comprometidos con la causa, sin que —por ejemplo— los cuadros de emulación revolucionaria colocados en las empresas sirvieran de elemento catalizador. La realidad era que en las fábricas y fuera de las fábricas, en el sindicato y fuera del sindicato, todavía era posible vivir de espaldas a la guerra y a las prioridades que ésta determinaba.

A medida que el conflicto avanzaba, los sindicatos adquirieron también atribuciones en el ámbito del reclutamiento de sus afiliados. Y de nuevo en este terreno el Secretariado tuvo que hacer frente a una nueva dificultad en referencia al alto número de desertores y emboscados. Sirva de ejemplo una muestra de 7 pequeñas poblaciones leridanas y barcelonesas, donde el sindicato contaba con 612 afiliados, de los cuales fueron llamados a filas 277, presentándose solo 141, poco más de la mitad²⁵. Una situación que se debió acentuar a medida que se acercaba el final del conflicto y la movilización afectaba a sectores más amplios de la población y que llegó a ser calificada como de «verdadera plaga» por la misma prensa ugetista.

No sería hasta finales de 1938 cuando el Secretariado, después de diversas tentativas, decidió llevar a cabo la puesta en marcha de una Escuela de Cuadros. Pero esta iniciativa coincidió con la que había de ser la definitiva ofensiva rebelde sobre tierras catalanas. Evidentemente ya era tarde, muy tarde, para intentar dotar al sindicato de un fundamental instrumento para la vertebración de sus filas.

Concluyendo lo expuesto hasta el momento, hay que convenir que si bien la sindicación obligatoria permitió englobar finalmente en los sindicatos a todo el

23. Fons del Barrio, CEHI-UB.

24. *Acords del III Congrés*, Barcelona: Edicions UGT, 1937.

25. Encuesta de la FCTT a sus secciones respecto la situación de desertores, emboscados y movilizados de principios de 1938, AGC/S PS Barcelona 1089 y 1331.

mundo laboral bajo un teórico estricto control, este hecho no se tradujo en una activa y participativa militancia de la mayoría de los trabajadores que se habían afiliado. También podemos convenir que la UGT —desbordada organizativamente por el volumen alcanzado en su nueva situación— nunca dispuso de las herramientas adecuadas para llevar a cabo una labor formativa y de concienciación de amplio calado. Esta evidente limitación permitió que un notable espectro de su afiliación pudiera permanecer al margen de la actuación militante que el momento precisaba, lastrando así la voluntad de la UGT de Cataluña para convertirse en un instrumento fundamental de la anhelada victoria. Una situación que tenía una lectura crítica, y en este caso ciertamente maximalista, en su misma prensa, cuando el órgano *Unió* planteaba en marzo de 1937 la siguiente pregunta: «què s'ha fet per guanyar-la [la guerra]», para contestarse a continuación, de forma harto contundente: «Molt poc o gairebé res».